

"Noche de Paz"

Elite.

(Según relato de Emmy Wierer de Zanders)

Oberndorf no figura en el mapa. Es una pequeña aldea de Salzburg, en Austria, recostada en la montaña. Sus blancas casitas están esparcidas en torno a una ermita. Así era cuando el Imperio. Así es ahora. Sus vecinos son gente sencilla, buena. En el verano trabajan hasta reventar. Durante el invierno se refugian en sus casitas y... siguen trabajando. Después vendrá la primavera y en la gran feria de la ciudad cercana los campesinos de Oberndorf expondrán piezas preciosas de ingeniosas industrias caseras. Son fruto de veladas junto al fuego, mientras el viento silba en las rendijas, mientras la nieve cubre los campos y cierra las puertas.

* * *

El invierno es duro en Oberndorf. Todo se arruga, todo se encoje. Se pelan los campos, se retuercen los árboles y hasta las casitas parecen más pequeñas. El cielo se vuelve plomo y amenaza aplastar la tierra. y de aquel techo de nubes negras caen los primeros copos de nieve blanquísima. Y así será por días, por meses. Así es ahora, así era antes. pero antes mucho más. Lo dicen los viejos, desde la cumbre de su experiencia. Y nadie se atreve a replicar. ¡Vaya, que aquel invierno de 1818!... ¡No lo dicen ellos, que lo dijeron sus padres! ¡Y eso es ya punto final!

* * *

Pues fué en 1818. Nunca vieron ojos humanos tanta nieve, ni en Oberndorf sintieron los campesinos tanto frío. Se heló el río, y la nieve llegó a cubrir las ventanas. Y era víspera de Nochebuena!

La vieja ermita estaba allí, en la cumbre, apacentando su rebaño de casitas. Allí vivía el padre Mohr con escasa hacienda y un enorme tesoro de bondad. Dos casitas más abajo estaba la escuela, y puerta con puerta la casita de Franz Gruber, el maestro de la aldea. Ambos y un poco más sumaban la representación de Oberndorf. Ese "poco más" era el alcalde, un honrado campesino que sabía firmar. El padre Mohr hacía de médico, de juez y cultivaba el campo. Entre otras cosas, Franz tocaba el órgano de la ermita.

* * *

En víspera de Nochebuena el padre Mohr y Franz, el maestro, no podían pensar sino en la función de Nochebuena. ¡Ya podía helar, ya podía nevar, que los campesinos venían a llenar la ermita para la Misa de media noche!

El cura arreglaba su nacimiento. Franz llegó aterido a la ermita para ensayar en el órgano las dulces canciones de Navidad. Con él vino Leopoldo, un muchachito con las orejas rojas hasta estallar y embufandado hasta las narices.

– Anda, Leopoldo, dale al fuelle...

Y el muchacho empezó a pedalear para llenar de aire los fuelles del órgano, Franz se puso al teclado y como si los acordes despidieran calor, se olvidó del frío. El maestro de aldea hubiera querido ser músico, dedicarse por entero a esto que tanto amaba él. No podía decirse lo mismo de Leopoldo. Le disgustaba el oficio del fuelle. Pero era un remedio maravilloso para combatir el frío. De pronto, ¡crash!, y una nota quedó en el aire como llorando. Algún desperfecto en el viejo instrumento. Algo se había roto en aquellas viejas tripas del órgano. Franz y Leopoldo se afanaron durante un buen rato, pero ¡nada! ¡Ninguna de las averías ordinarias! Sin duda, algún nuevo achaque:

– Leopoldo, llama al padre Mohr, acaso pueda arreglarlo él.

Vino el padre. Ensayó. Pero el órgano estaba roto. ¡Y en vísperas de Nochebuena!...

El único que puede arreglarlo es el Maestro Maurecher, de Salzburg. Nadie podría llegar ahora a la ciudad. El sacerdote y el maestro se plantean el gran problema. Los campesinos vienen desde lejos a la Misa. Nunca faltan las canciones, y si faltara la música se llevarían una terrible desilusión. El padre Mohr y Franz se sientan alrededor de la estufa y mientras calientan pies y manos al fuego su imaginación busca algo que pueda salvar la Nochebuena en Oberndorf. La nieve sigue cayendo, insensible a la angustia del cura y el organista.

– No hay órgano, no hay instrumentos... ¡Sí, una guitarra! Es tan poca cosa –discurre Franz– pero acaso, acaso... ¡Y si compusiéramos algo nuevo! ¿Quiere que lo intentemos? ¡Puede ser una sorpresa! Por lo menos tendrá alguna novedad...

Y, entusiasmados con la idea, se reparten el trabajo. Franz compondrá la música, el cura preparará los versos. Algo sencillo que podrían cantar a dúo acompañados por la guitarra.

Y entusiasmados con la idea iniciaron su trabajo. No fué difícil; era una cosa sencilla, tierna; pero había de gustar a los campesinos. Al despedirse se desearon buena suerte.

Y la tuvieron. El día amaneció claro. Promesa de caricias tibias de sol y una noche clara, de estrellas. El padre Mohr adornó los altares con "rosas de nieve", las únicas que se dan en el mes de diciembre bajo el manto de nieve, y terminó su precioso nacimiento de cartón, figuritas y musgo con la misma alegría que si hubiera creado todo un mundo.

Horas antes de media noche estaba el padre Mohr observando desde su atalaya de la torre de la ermita las pequeñas lucécitas que se iban acercando desde distintos puntos de la montaña. Como luciérnagas, se movían a lo lejos farolitos que alumbraban el camino de sus fieles para asistir a la Misa de media noche. Aún le quedaba al buen padre la incertidumbre de ofrecer a sus feligreses cosa muy pobre a falta de órgano.

La iglesia estaba repleta. Las curiosas miradas de los campesinos no se separaban del Nacimiento. Y en el tibio ambiente de la diminuta ermita se repetían murmullos

admirativos hacia la figurita central de aquel establo adornado con luces donde adoraban al Niño Jesús. Cuando el padre Mohr subió al altar, se hizo el silencio. Antes de iniciar la Misa, el buen cura habló con un ligero temblor a sus feligreses. Les explicó lo del órgano. Al terminar de hablar, el silencio parecía mayor. Terminada la Misa y después de la comunión, el maestro Franz se acercó al altar. Llevaba una guitarra en la mano. Ante la sorpresa de los feligreses, se le unió el padre Mohr y ambos entonaron dulcemente: "Noche de paz..."

Emocionados por la sencillez con que les ofrecían aquel obsequio, los fieles trataron de acompañarles. Con timidez, el principio, después en coro que fué engrosando, la fácil y preciosa melodía estaba en boca de los asistentes.

Así nació "La canción de las canciones". Desde aquella Nochebuena de 1818 la han venido repitiendo emocionados, en todos los idiomas, los cristianos de todo el mundo: "Noche de Paz. Noche de Amor"...